

SI LA GUERRA NO TIENE META, ES NECESARIAMENTE SIN FIN

Entrevista a Catherine Hass

Joseph Confavreux

Periodista francés en *Mediapart*

La antropóloga Catherine Hass, especialista en pensamientos sobre la guerra, vuelve sobre lo que se puede aún imaginar frente a las “políticas del desastre” y del “desastre político” abierto por el 7 de octubre. Catherine Hass, investigadora asociada en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (París), ha publicado *Aujourd'hui la guerre. Penser la guerre: Clausewitz, Mao, Schmitt, Adm. Bush* (Fayard, 2019); ella se preguntaba si la administración Bush había forjado una nueva teoría de la guerra después de los atentados del 11 de septiembre, la “guerra contra el terrorismo”, tirando al cesto de los papeles viejos las nociones de “paz”, de distinción entre civiles y militares o de “metas de guerra”.

En la primavera de 2023 publicó *L'Offense* (ediciones Nous), relato de la muerte de su hermana Dominique en el atentado-suicida de Hamás, en el café Mike's Place, en Tel Aviv, el 30 de abril de 2003. Se planteaba cuestiones políticas que suenan especialmente hoy, como la de saber “si la adhesión a los principios de una causa, de un combate, lleva *de facto* al acuerdo con su acción, de cualquier tipo que sea, incluidos los disparos en el montón”. A principios de noviembre de 2023 publicó, en el sitio *Lundi Matin*, uno de los textos más fuertes producidos después del choque del 7 de octubre y del inicio de la guerra en Gaza.

Mediapart (Joseph Confavreux). Lo que ocurre en Ucrania y Gaza, ¿cambió su manera de “pensar la guerra”?

CATHERINE HASS: No, si uno considera que mi tesis, centrada sobre la intelectualidad política de las guerras, no establece la existencia de un

pensamiento de la guerra, sino su posible multiplicidad, o sea, la política no piensa la guerra en los mismos términos según las épocas, que se trate de Prusia en el siglo xix, de China en el siglo xx, de Estados Unidos en 2002.

Mi hipótesis es que las guerras parecen, hoy, destruir toda posibilidad de que haya otra cosa, al destruir toda política; destruyen la posibilidad misma de pensar la política, la paz y, por lo mismo, lo posible. Creo que pensar la política es esencialmente pensar lo posible. El resultado (de esa destrucción) explica en parte el presente callejón sin salida.

Los enfrentamientos, más de cinco meses después del 7 de octubre de 2023, sobre su definición son sintomáticos, si uno piensa que más de 30 mil personas han muerto, que una ofensiva amenaza a Rafah, que la Franja de Gaza es un campo de ruinas, que la hambruna crece y que el caos se instala.

Cuando Netanyahu afirma su rechazo a pensar lo que viene después, ejemplifica ese rechazo de lo posible, de una política que no sea la guerra; resulta que, si la guerra no tiene meta, es necesariamente sin fin, es decir, sin paz.

Es la antítesis de la prescripción de Clausewitz cuando afirma, por los años 1820, que la meta de la guerra es siempre “la paz que se busca porque sólo por ella se arregla el conflicto y concluye por un resultado común”. En el caso presente, lo posible descansa sobre el rechazo de la política de ocupación y colonización de los territorios palestinos y, con ella, de los efectos de 17 años de bloqueo de la Franja de Gaza. Pues, parece que ahora en Israel quien piensa así es víctima de ataques y de una voluntad de expulsión. El ministro israelí de Comunicaciones, Shlomo Karhi, pidió un decreto gubernamental prohibiendo toda publicidad, suscripciones y toda relación comercial con el diario de izquierda *Haaretz*.

Quien enuncia un posible se encuentra remitido al 7 de octubre y considerado como traidor, como los que exigen primero el regreso de los rehenes. Resulta que, cinco meses después de la carnicería en los kibutz,¹ frente a la forma que toma la guerra, Hamás no es, según entiendo, sino un pretexto,

¹ La población de los kibutz vecinos de Gaza se llevaba muy bien con los palestinos; fue la principal víctima de la masacre. Las notas son de la revista *Istor*.

puesto que lo que se perfila es la guerra de un Estado contra un pueblo, contra su posibilidad y, con ella, la de su país, Palestina. Se trata de destruirlo objetiva y subjetivamente, aniquilando su pasado —los sitios históricos, archivos, panteones, museos— y también su presente y su futuro: los puertos, los campos, las infraestructuras, la UNRWA, las universidades, parcial o completamente destruidos...

En cuanto al 7 de octubre, la palabra “terrorismo” me parece débil porque no toma en cuenta el hecho de que, con la masacre en forma de manifiesto, Hamás declara una guerra: hay ruptura entre lo que emprende el 7 de octubre y su línea anterior.

Se trata de crear lo irremediable para todos, en los cuerpos y en las mentes, y, de ser posible, fabricar algunas generaciones de analfabetas en una sociedad que conoce la importancia de la instrucción y de la cultura. Buscar, para citar el título de la hermosa exposición que tuvo lugar en el Instituto del Mundo Árabe en París, que Palestina no aporte más al mundo.

¿Qué diría usted de la calificación de “terrorismo” para nombrar lo hecho por Hamás el día 7?

En Francia es una palabra vaga e indefinida, nombra lo mismo un crimen de masas que una manifestación contra una *mégabassine* (gran reserva de agua para la agricultura moderna), de modo que no se la puede emplear de manera rigurosa. Sus efectos intelectuales y políticos dañinos deberían llevarnos a suprimirla [...] En cuanto al día 7, la palabra me parece débil porque no toma en cuenta el hecho de que Hamás declara una guerra. Sin embargo, con todo y ruptura, hay algo de continuidad con su línea anterior: es una declaración de guerra sin guerra, una ofensiva-suicida en la cual los dos mil hombres no combaten sino que matan antes de ser abatidos. La rama militar de Hamás, a pesar de las apariencias, no establece una relación de fuerza: unos hombres en UVL como si tuviera una aviación, unos nadadores como si tuviera una armada. El simulacro de ofensiva militar le permite afirmar su estatuto de enemigo político —lo que es— y provoca, lógicamente, la respuesta israelí.

Entonces, Hamás aparece como la amenaza existencial que no es. En ausencia de relación de fuerza, ofrece en bandeja de plata la vida de dos millones de personas a un ejército israelí que sólo esperaba eso. Alegrarse porque

Hamás devolvió la cuestión palestina al primer plano, es alegrarse de una política del desastre y de un desastre político. Hay siempre otras maneras de actuar y una relación de fuerza de otro tipo pudo constituirse.

¿La reacción de Netanyahu firma el triunfo definitivo del paradigma de la “guerra contra el terrorismo” que usted analiza en su libro? ¿La guerra en Ucrania recuerda que modalidades más clásicas de guerras pueden coexistir con aquella?

La decisión rusa de guerra y sus términos (Operación militar especial) eran muy cercanas a los de la administración Bush cuando la invasión de Irak en 2003. Estados Unidos no dijo nunca que estaba en guerra contra Irak; sin embargo, estaba. Su guerra era clásica, en tanto guerra de conquista, predatoria, destructora, guerra de ocupación. La guerra en Gaza mantiene el marco de “guerra contra el terrorismo”; una de sus características es hacer del enemigo la figura del mal y quitarle todo estatuto político; el enemigo “terrorista” es definido de manera tan radical que no hay ninguna alternativa a su eliminación. Ese marco se ha radicalizado: después de las guerras para destruir Estados (Irak, Afganistán) vienen guerras de destrucción de pueblos. Pero dicha radicalización no empieza el 7 de octubre de 2023, si uno considera la guerra “populicida” llevada desde 2011 por al-Ásad en Siria, con más de 600 mil muertos, o la modalidad de intervención escogida por la coalición internacional contra Daesh (ISIS): el bombardeo masivo de ciudades densamente pobladas hasta su destrucción, Daesh prohibiendo la salida de los civiles. En todas partes se considera a los civiles como enemigos. Parece que no hay límite: bombardeos permanentes, terror colectivo, sitio, estrategia del hambre. El sitio del Alto Karabaj el año pasado por Azerbaiyán provocó el éxodo definitivo de 120 mil personas hambrientas.

Pienso que el reto de pensar lo que inaugura el día 7 no ha sido contestado.

Israel se encuentra en ese tiempo, en la era actual de la guerra y compare su principio. Lo que es excepcional es la velocidad vertiginosa de las destrucciones humanas y materiales. El ramo militar de Hamás no previó nada para la población civil: ni refugios, ni acopio de alimentos ni medicamentos, a la hora de desatar la guerra. Marc Bloch decía que los hombres se parecen más a su tiempo que a su padre. Sin duda es cierto para la guerra, el Estado, la política.

¿Por qué piensa usted que hubo bloqueo del pensamiento después del 7 de octubre?

Entiendo el argumento de la emoción, si bien no lo comparto totalmente. El trabajo de los intelectuales es poner la emoción a distancia. La emoción dominante puede ser miedo a hablar, cada quien sopesando las palabras en una tensión insoportable. Muchas tomas de posición eran justificadas por esas emociones, se formulaban adentro de esas emociones, si bien todas las emociones no tenían el mismo derecho a expresarse. Por contraste, lo que dijo Jacques Derrida, en octubre de 2001, en Nueva York, es impresionante. Es casi un documento, porque no sólo desarrolla un análisis político y filosófico pertinente y visionario de la época abierta por el 11 de septiembre, sino que trata sin tapujos de las emociones y les da un estatuto político: “Por más que se indigne uno frente a la violencia, por más que uno lamente sinceramente —como lo hago con todo el mundo, el número de muertos—, nadie puede creer que en el fondo se trata de esto”.

La crisis intelectual y política tiene su origen en otra parte. Hubo en Francia algo como un *impasse* difícil de analizar porque se entrecruzan numerosos factores. Para algunos, como yo, un estado entre rabia y k.o. político. ¿Pensar? Pero ¿para hacer qué? Hay que volver a lo posible en una situación políticamente desesperada. Hacer de los sepultureros de la Primavera Árabe los nuevos resistentes, manifiesta que, en un contexto político-estatal devastado, todas las categorías políticas del siglo xx se han hundido.

El cierre oficial y mediático en la opinión tuvo un papel mayor puesto que quien se alejaba de la definición “terrorista” se arriesgaba a ser sospechado de antisemitismo o de apología del terrorismo. No hay debate ni enfrentamiento de desacuerdos, por más violentos que sean, sino criminalización instantánea, con su corolario contemporáneo, la expulsión (*le bannissement*). Como si el pensamiento mismo haya caído en la trampa de Hamás, sin lograr salir de lo que llaman ahora “*campisme*”: dos bandos (dos *camp*s en francés), pero no dos políticas si uno piensa que Israel y Hamás, con medios inequitativos, han puesto en marcha dos modalidades de militarización del odio, fundado en la etnicización de la tierra: islámica para Hamás, judía mesiánica para Israel.

La guerra en Siria constituyó una forma de política explícita en cuanto al final del supuesto progresismo del bando dizque antiimperialista, su naufragio,

si uno piensa que Irán, Rusia y Hezbolá armaron y sostuvieron a al-Ásad. Sin ellos, la masacre jamás hubiera tomado tales proporciones.

¿Qué añadiría usted al texto que publicó en noviembre de 2023, en el cual trataba de la secuencia sangrienta inaugurada el 7 de octubre y amplificada en Gaza?

Nada. Todo se desarrolló como anunciado. Quizás alguna palabra sobre el uso actual del antisemitismo, cómo confunde peligrosamente los términos del debate, puesto que no califica ya actos y palabras de manera explícita contra judíos, puesto que es igualmente compatible con posiciones antisionistas y sionistas.

Si puede aplicarse a israelíes que llaman a un cese al fuego, más allá de lo ridículo, hay que interrogarse sobre su uso hoy y preocuparse de que, en ciertos países, la fusión entre antisionismo y antisemitismo está finiquitada al grado de que todos los *Rassemblement National* (el partido de extrema derecha en Francia) del mundo pueden ostentar su pretendido filosemitismo en nombre de su sionismo. Para hablar como Mao, la contradicción principal —el odio a los musulmanes— le gana a la contradicción secundaria —el odio a los judíos.

Este aspecto, presente en las opiniones occidentales desde la guerra de los Seis Días, indica que se trata para ellas de disolver su culpabilidad por el asesinato de millones de judíos. En tal perspectiva, hay que quitarle su esencia al Estado de Israel considerándolo no como Estado judío sino como Estado a secas. Que ciudadanos judíos vivan en él no significa que judío sea un país, una nacionalidad, una política. El país se llama Israel, sus ciudadanos son israelíes y árabes-israelíes. La realidad política es israelí y no judía. Fundir los dos, es proyectar sobre un país problemáticas europeas que no son suyas, negar a Israel su historicidad política y su complejidad, participar en el fortalecimiento del antisemitismo, dado que todos los judíos del mundo serían responsables de la política israelí, a la vez que fortalecer el racismo contra los musulmanes.

Si Israel es el Estado de los judíos ¿no significa esto que sería el “verdadero” país de los judíos del mundo entero? En tal caso, su lugar no se encuentra en los países donde viven, sino en Israel. Tal era el razonamiento de Trump cuando fue presidente, ejemplar de la compatibilidad entre sionismo y antisemitismo.

¿En cuáles condiciones sería posible “quitar su eternidad al odio”?

Es una frase de Plutarco citada por Barbara Cassin en un trabajo sobre la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de África del Sur. Es poderosa en el contexto presente de odio porque formula la posibilidad de que termine; poderosa porque es el reto que se lanzaron los sudafricanos después del apartheid. La frase no dice que se le puede quitar al odio su presente o su futuro, sino su eternidad, a condición de hacer de él una cuestión política. Por lo tanto, es razonable, no es utópica. Me interesé al final del apartheid porque, para salir de la parálisis política, necesitaba un posible.

“Como en África del Sur, la situación en Israel-Palestina es la de una población que no tiene un país de repuesto: dos pueblos y un sólo país. En consecuencia, sólo una reformulación de la cuestión nacional permitiría salir de una lógica de guerra”.

Uno recordará que parecía imposible acabar con el apartheid, orden biológico-racial. Busqué en las memorias de Nelson Mandela el momento cuando un emisario del presidente Botha lo visita por primera vez en la cárcel, ese momento cuando el poder blanco, por ese gesto a la vez fuerte e ínfimo, manifestó el inicio de una conciencia en el callejón sin salida. Enero de 1985, Mandela piensa que el gobierno teme que el país caiga en la guerra civil, y eso, en un contexto de economía muy debilitada por el embargo internacional. Los invito a leer el capítulo “Hablar con el enemigo”, por ejemplo, sobre los principios de una lucha armada; recordando que Botha era un ideólogo afrikander, exsimpatizante del partido nazi y adulator de Hitler. Pues, con este hombre Mandela empieza a hablar, sin soltar nada hasta su liberación en 1990. “África del Sur pertenece a todos los que viven en ella, tanto a los blancos como a los negros.” Como en África del Sur, en Israel-Palestina la situación es tal que ninguna población tiene un país de repuesto. Por consiguiente, todo el mundo lo sabe, sólo una reformulación de la cuestión nacional permitiría salir de una lógica de guerra.

El proceso de África del Sur no tuvo realmente posteridad política. Quizá por la decisión de optar por una transición en lugar de una lucha de liberación cuya meta hubiera sido la salida de los africanos blancos; por el rechazo a una justicia de vencedores, cuando su victoria era implacable; y porque fue un proceso intranacional y no internacional. Ese proceso necesariamente imperfecto evitó sin duda la guerra civil en África del Sur que todos prometían.

Con dos amigos antropólogos, Hamza Esmili y Montassir Sakhi, hemos, después del 7 de octubre, llevado a cabo entrevistas en Palestina y en Israel para saber qué pensaba la gente de la situación. Aprendimos mucho de lo que en Francia no se puede escuchar, como, por ejemplo, que “judío” no es una palabra, menos para los palestinos, para designar amigos en Tel Aviv o Berlín; que el enemigo es el Estado, la colonización, los colonos; que la cuestión de la legitimidad del Estado de Israel no se plantea porque el combate se sitúa en otro nivel: el arbitrario de la ocupación, su peso sobre los cuerpos, las cosechas, las reservas de agua, los desplazamientos elementales.

En breve, aprendimos que, en esta sociedad eminentemente política, son muchos los que piensan en maneras de quitar la eternidad al odio. Entonces, claro, podemos seguir peleando sobre la calificación del 7 de octubre y, como ratón de laboratorio, dar vueltas y vueltas en una gira estéril e infernal. Pero uno puede escuchar esos testimonios y darles una audiencia.

No hay mucho más que hacer. Hace veinte años, Michel Warschawski escribía sobre la política israelí lo siguiente: “Es un acto de responsabilidad —algunos dirían de amor— bajar de sus rieles esa sociedad que se precipita hacia su propia destrucción”, poner fin “a su estatuto de impunidad que sólo empuja a Israel en su carrera loca hacia Masada”. Y son muchos quienes lo desearían.² ❧

10 de noviembre de 2023

Texto publicado en línea en *Lundimatin*, 404, 26 de noviembre de 2023. Reproducido con la autorización de su autora, en esta versión al español a manos de Jean Meyer.

² Masada: la última fortaleza judía en caer en poder de los romanos, pero sus defensores no se entregaron, sino que se suicidaron.